

Resulta difícil concebir –pensando en tiempos históricos– que el paisaje que nos circunda y que consideramos completamente natural no haya sido tal y como lo vemos ahora, que sus elementos más conspicuos no hayan estado siempre allí. Es como imaginar que plantas que nos parecen indisociables de alguna región del país, como el plátano en la zona del Golfo de México o el pirú en el Altiplano, no estaban allí hace quinientos años. Y así fue. Es por ello tal vez, que éstas son de las transformaciones más profundas realizadas por la humanidad sobre la Tierra, aun cuando no siempre haya sido de manera intencional –como las malezas, que llegaban como polizonas en los cargamentos de los galeones, por mencionar sólo el reino vegetal, pues es conocido el impacto de la introducción de animales a un ambiente donde no los había, carente de depredadores que controlaran su multiplicación.

Cierto es que si hurgamos en la historia, encontraremos que este movimiento de plantas es tan antiguo como el mismo *Homo sapiens*. Pero la intensidad de este fenómeno ha sido mayor en los últimos cinco siglos, con momentos de gran concentración en tales actividades. Y en estos últimos, los jardines de aclimatación parecen haber desempeñado un papel primordial. Eran ellos los sitios de recepción de plántulas y semillas procedentes de distintas partes del planeta, en donde se prodigaban los más meticulosos cuidados a cada ejemplar que llegaba, y se buscaba con gran afán su crecimiento y reproducción. Las técnicas de transporte y aclimatación se fueron mejorando a lo largo de esta empresa que pretendía la apropiación de cultivos clave, como los cereales, o simplemente de ornato, siempre con un fin comercial, por supuesto. Fue así que el arroz y la dalia se introdujeron en Europa, que el café se comenzó a cultivar en Java, y el hule de *Heveas* en el sureste de Asia.

Los problemas que presentaba la aclimatación de plantas llegaron a cobrar tal importancia, que fueron considerados de interés nacional por las potencias imperialistas, ya que de ellos dependía la posibilidad de establecer cultivos de gran valor comercial en sus propios territorios coloniales –el cacao en África, el café en las Antillas, por ejemplo–, y generaron una serie de episodios de robo de plántulas y semillas entre las diferentes metrópolis. Su estudio fue, por tanto, promovido y fuertemente apoyado –razón por la que durante el siglo XIX se desarrollaron los principales jardines botánicos de Europa.

Asimismo, en este vaivén de plantas, el imaginario social ejerció una profunda influencia en las especies que se llevaban de un sitio a otro, ya que se atribuían significados y propiedades específicos a las plantas –purificar el aire, por ejemplo, en el caso del eucalipto. Las plantas se constituyeron en elementos portadores de intenciones determinadas, las cuales se integraban en proyectos de mayor magnitud, como la colonización de alguna región del planeta que se buscaba “civilizar”.

Con los artículos que aquí presentamos, *Ciencias* continúa escrutando los infinitos intersticios que existen entre ciencia y cultura, entre la actividad científica y la sociedad. Esperamos contribuir así a la generación de un mayor interés en tales temas, sobre todo en estos momentos en que la ciencia recibe cada vez menos apoyo y que el futuro de esta actividad se mira con incertidumbre. 